



Guía de lectura

**J. M. G.
LE CLÉZIO**

Premio Nobel de Literatura

Canción de infancia



Lumen

Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

«No voy a hacer un relato cronológico. Los recuerdos son aburridos y los niños no saben de cronología», escribe Le Clézio. «Para ellos, los días se suman a los días, no para construir una historia sino para agrandarse, llenar el espacio, multiplicarse, fracturarse, retumbar». Con esta declaración de intenciones arranca *Cancción de infancia*, un recital en dos tiempos que más que una autobiografía es una geografía emocional. A través de dos cuentos unidos entre sí por la mirada del niño que fue, el premio Nobel de Literatura habla de la pertenencia, el amor a la tierra y el descubrimiento del mundo a través de la mirada de un niño.

Este canto al pasado discurre en distintos momentos hilvanados por las reflexiones del autor en la actualidad que invitan a pensar sobre la identidad territorial, los nacionalismos y el paso del tiempo. Y éste va desde unos de sus primeros recuerdos como niño de la guerra —la explosión de una bomba en el jardín de su casa en Niza le abrió de manera precoz los ojos al mundo y despertó para siempre su conciencia—, al paisaje de la Bretaña idílica de su infancia. Un canto que reivindica el «independentismo emocional».

Le Clézio recupera en este evocador lienzo un mundo perdido que vibra al

calor de las cosechas estivales, las fiestas y tradiciones o los hermosos campos de trigo frente al océano. Un recorrido hacia la madurez, pero sobre todo una mirada lúcida sobre los cambios sociopolíticos en un territorio único, la progresiva desaparición de su economía tradicional y la orgullosa dignidad de un pueblo que, pese a todo, se aferra a sus raíces.

La primera parte del libro nos conduce al legendario litoral del Finisterre francés donde el escritor, de origen bretón, pasó los meses de verano entre 1948 y 1954. Movidio por un profundo amor por su tierra, con su naturaleza magnífica y el arrullo de la lengua bretona como telón de fondo, comparte la magia antigua de la que fue testigo. Un país ajeno al paso del tiempo por el que discurren personajes que parecen sacados de un cuento: pescadores, niños pobres o paisanos se convierten en héroes anónimos de otro siglo que dibuja desde una perspectiva inocente. Hay trigales, caminos encajonados, taludes, casas de piedra, bosques y ríos, artes de pesca, bombas de agua y otros artilugios desaparecidos, suelos de tierra, tejados de caña y también un castillo, una marquesa, primos lejanos, leyendas y juegos, inocencia y belleza. Un paraíso donde era posible domesticar escarabajos o dejarse acariciar

los pies por un pulpo, recoger espigas o saborear el mar.

Cuando Le Clézio regresa al pueblo de su infancia, Sainte-Marine, siente que su memoria ha desaparecido: un puente gigantesco cruza el Odet, el viejo ferry ya no está, las carreteras están salpicadas de pintura blanca, y las rotondas, los carteles y los bolardos han cambiado el paisaje. Pero su memoria amplifica y magnifica aquellos momentos vividos entre tierra y mar, en un país de sueños donde todavía había peatones y no hacían falta los candados. Este nuevo mundo, surgido de todas las revoluciones de la segunda mitad del siglo xx, despiertan de algún modo la reprobación del autor. Ya sea por la desaparición de la pesca, la desfiguración de la costa o la destrucción del paisaje. Pero de fondo queda el asombro y la emoción de la mirada de un niño ante el ímpetu de las olas y la fuerza del paisaje que desentrañan, como si fuera un tesoro escondido, los misterios del país de su memoria.

En la segunda parte del libro, más breve —El niño y la guerra—, Le Clézio retrocede en el tiempo a los años vividos por el autor cuando era niño en el interior de Niza, ocupada por las tropas italianas. De esos primeros años de refugio junto a su familia surten recuerdos más vagos. Sin embargo, Le Clézio conserva una cierta distancia frente al mecanismo de la memoria y recompone ese álbum con sensaciones. La más vívida, el hambre —«El hambre a la que me refiero la sentí en la primera infancia, durante la guerra. Es de lo único que me acuerdo. No era un hueco sino un vacío, en el centro de mi cuerpo, todo el rato, a cada instante, un vacío que nada puede col-

mar, que nada puede saciar»—, pero también el miedo o el descubrimiento de la violencia.

Bajo esa realidad oscura palpitan también otros latidos. Uno, cálido e ingenuo, que suaviza el miedo, la incertidumbre o la ausencia del padre, representado en las figuras de su madre o su abuela, entrelazado con otras historias nada épicas, como la muerte de Mario, el luchador de la resistencia italiano muerto por su propio artefacto explosivo y del que sólo se encuentra un mechón de cabello rojo o las moscas. Hay clandestinidad, detenciones, deportaciones. Y también generosidad y solidaridad.

En este cuento hay una profunda reflexión también sobre la emigración, la identidad o los daños colaterales de los conflictos: «Las mujeres y los niños son elementos colaterales de la guerra, se los contabiliza, se enumeran sus heridas y sus muertes como podría hacerse con las pérdidas de ganado, con la destrucción de edificios, con los saqueos, con las reservas de oro o de provisiones de alimentos. No son víctimas, son “daños”. Nunca serán héroes».

Le Clézio comparte en su relato el dolor y la violencia bajo la imperante realidad de que la guerra es lo peor que le puede pasar a un niño. «Si no hubiese habido guerra, si yo no hubiese pasado hambre (de comida, de amor y de calor), ese verano no habría existido. Se habría confundido con las demás estaciones, con los veranos que llegaron luego, con la vida en África, las tormentas, el sol agresivo y las noches ruidosas, o bien con el verano en Bretaña, la libertad de las trochas, la landa y el océano.»

UN NOBEL FRENTE AL MUNDO

Hay algo en la narrativa de Jean-Marie Gustave Le Clézio que lo convierte en un autor único, atípico e inclasificable, tal vez porque su obra nace de una simbiosis perfecta entre su vida y su obra. Defensor de la multiculturalidad, ecologista, apóstol del mestizaje, es una voz necesaria que siempre reivindica la dignidad de hombres y mujeres de todas las latitudes.

Este escritor trotamundos que camina por la vida sin dejar nunca de escribir, alberga en sus orígenes el germen de su obra: nació en Niza en 1940, en el seno de una familia que había emigrado a isla Mauricio en el siglo XVIII, cuando era colonia francesa. Su padre era un inglés, médico militar destinado en África, y su madre una francesa de origen bretón.

Dos siglos después retornaron al país, y se instalaron en Niza.

Le Clézio desarrolló su primera pasión por la escritura a los siete años cuando, en el barco que lo llevaba a reunirse con su padre en Nigeria, empezó a escribir sus primeras historias. Ahí es donde comienza su enamoramiento por los viajes y el descubrimiento, que para él será inseparable de la escritura.

Escribió su primera novela en 1963, *El atestado*, un texto en la línea de *El extranjero* de Albert Camus, que le reportó el prestigioso premio Renaudot. La crítica alababa su escritura febril y audaz, con la que exponía las angustias del individuo en estado de conflicto contra la invasión de los objetos de consumo y el poder creciente de las masas. Tenía 23 años y

pese a despertar en los lectores un inmediato entusiasmo, su afán de libertad le llevó a abandonar París y a dedicarse a dar vueltas por el mundo en busca de las culturas que no habían dejado huellas escritas. Estuvo en Panamá, en Belice, en México, viajó por Asia, África y Norteamérica, siguiendo el eco mestizo de sus antepasados.

En su larga carrera literaria, Le Clézio ha indagado mucho más allá del paisaje, explorando territorios humanos y emocionales. Su denuncia del materialismo contemporáneo, su fascinación por los paraísos perdidos y su defensa de las civilizaciones amenazadas le hicieron merecedor en 2008 del Premio Nobel de Literatura, en el que la Academia sueca le describía como «el escritor de la ruptura, de la aventura poética y de la sensualidad extasiada, investigador de una humanidad fuera y debajo de la civilización reinante».

Más allá de ese galardón, su éxito se explica porque la mayoría de sus libros son accesibles para el gran público y sin embargo exigentes, dos virtudes que raramente conviven en armonía. Con lirismo y sensibilidad sus novelas albergan algunos de los temas identitarios por los que la crítica y el público le adoran.

Le Clézio no es ni un filósofo ni un humanista en el sentido estricto, pero es un autor que, condicionado por determinados acontecimientos históricos y comprometido con el humanismo, reflexiona en su obra sobre los valores de una época marcada por las novedades, el desasosiego y la inquietud y en ella perfila el reflejo de un hombre contemporá-

neo y desamparado ante una realidad que le desborda.

Como escritor nómada —y viceversa—, hay en su narrativa un deambular constante, una sensación de distanciamiento, de extrañamiento. El viaje le permite responder a una de sus preguntas esenciales: quién es. Por eso los personajes de Le Clézio están en perpetuo movimiento, como el motor de su existencia. En su búsqueda, están obsesionados por el deseo de alcanzar otro lugar, de dejar la civilización o la ciudad para entrar en comunión con la naturaleza. El viaje es siempre un paisaje que mece su narrativa.

También abundan en su obra cuestiones como la relación entre padres e hijos, la búsqueda de los orígenes, las mujeres, la soledad, el dolor, la memoria o sencillamente, ese periodo mágico que tan bien retrata en *Canción de infancia*. Para él, el individuo en desarrollo descubre el mundo al mismo tiempo que adquiere el lenguaje y buena parte de su ficción se basa en los recuerdos de su árbol genealógico. El impacto de la guerra en la infancia y los efectos de los conflictos en los niños arrojan una mirada muy actual sobre las restricciones de la pandemia que viven hoy los niños en su vida diaria.

Su amor por la cultura primigenia es otra constante en su literatura. En la obra de Le Clézio se subrayan los valores de la interculturalidad como mecanismos para la integración y el entendimiento humanos y un recurso contra los discursos nacionalistas y las guerras. No en vano, hay un dicho en Mauricio al que el autor recurre a menudo que se traduce como «Sólo hay una raza: la raza humana».

ALGUNOS TEMAS DE *CANCIÓN DE INFANCIA*

LA GUERRA

«Hoy en día ¿les ocurre igual a esos niños de los que hablaba antes, en los países en guerra, niños y niñas que apenas saben andar, que apenas saben decir unas pocas palabras en la lengua de los adultos?»

«Yo seguía el rastro de la guerra en Sainte-Marine. En la década de 1950 todavía

quedaban búnkeres en la landa, y en ciertos puntos, en la arena blanca de las playas, restos de los muros de hormigón y de parapetos oxidados. Durante la bajamar, a veces he encontrado en la playa latas de conserva viejas pintadas de caqui, llenas de carne de cerdo o de leche condensada. Un día, al llegar, había un grupo de críos apiñados en la orilla. Al acercarme vi algo increíble, monstruoso, una mina flotante

que había arrastrado el mar, negra y verdosa, erizada de pinchos como patas de cangrejo con jirones de algas enganchados, un signo de muerte en el sosiego de la playa. Al instante llegaron los gendarmes y los críos tuvieron que ir a esconderse detrás de las dunas mientras los artificieros desactivaban el artefacto.»

LA INFANCIA

«Los niños no saben qué es la guerra. No recuerdo haber oído esa palabra mientras esta duró y ni siquiera en los años posteriores. Para ellos es normal cuanto sucede, no sospechan que la vida pueda ser distinta.»

«No se trata de escribir unos recuerdos de infancia. Otros lo han hecho mucho mejor de lo que podría hacerlo yo. Y además, no sin cierta vanidad, he hecho mío el lema del poeta Isidore Ducasse, conde de Lautréamont, en sus Poesías: “No escribiré unas memorias”.

¿Cómo hablar de ello? Quizá diciendo sencillamente que la guerra es lo peor que puede pasarle a un niño. La vida moderna nos ha acostumbrado a las imágenes de destrucción. Las vemos sin cesar, en los telediarios, a la hora de comer, o en grandes reportajes. Salen a toda plana en la primera página de los diarios y en la portada de las revistas, imágenes impactantes, violentas.»

LA ECOLOGÍA

«Cuando volví a Bretaña de adulto, busqué en vano los escarabajos de la patata.

Esos invasores importados de América [...] habían desaparecido por completo, como consecuencia de una feroz campaña de exterminación. Los humanos los habían fumigado con el famoso DDT (o quizá con el recién llegado de los venenos agrícolas, el glifosato) usando compresores y lanzas (¡al final, las lanzas las llevaban los humanos!). Los niños no acaban de entender esas cosas, pero la ausencia de escarabajos de la patata me pareció en ese momento un gran vacío, pues implicaba la desaparición de un ciclo de vida completo, de los huevos a las larvas y a los imagos, hasta ese ser pequeñito alado y torpón, voraz e inofensivo, que luce en el lomo la librea de la guardia pontificia. A las patatas les sentó de maravilla, pero a la tierra bretona le faltaba algo, ¿quizá nada más que ese toque de color? Lo mismo que pasó con la desaparición de las amapolas, también de lo más inútiles, en medio de los trigales.»

EL TRÁNSITO

«Seguramente porque yo venía de otra tierra y nunca me sentía en la mía en ninguna parte, iba a remolque y dando tumbos entre la isla Mauricio de mi padre, la Bretaña de mis antepasados y la Niza de mi infancia; sentía pues ese extrañamiento del mundo, esa desubicación, ese exilio; y los pilares de piedra erguidos hacia el cielo, las avenidas cubiertas que parecían escamas de dragón, los buques que yacían entre los tojos me decían que había otro mundo anterior al mío y que yo solo estaba de paso...»

LA MEMORIA

«La memoria es un tejido frágil que se rompe y se contamina con facilidad. No me fío de los libros de recuerdos.»

LAS FRONTERAS

«No se trata de nacionalismo, en el sentido menos amplio del término, que otorgaría una especie de privilegio de sangre a todas las personas de origen bretón, sino más bien de una forma de libertad: la de administrar el erario, la de decidir compromisos y tratados con territorios vecinos, la de elaborar sus propios programas sociales, la de inventar un porvenir ecológico y cultural propio.»

LA IDENTIDAD

«Es esa constancia silenciosa, habrá quien la llame obstinación, la que constituye la verdadera identidad de Bretaña, ya sea en Arvor o en Argoat, la región del mar o la región de los bosques, por encima de todo el folclore con fines turísticos y de cualquier complacencia con el color local.»

LA LENGUA

«Aquella generación aún llegó a nacer en la lengua bretona, y aunque en la escuela pública prohibieran a los niños hablar como “paletos” (así se consideraba el bretón por aquel entonces), el verano celebraba la libertad lingüística. Era una len-

gua para estar al aire libre, para gritar, para maldecir, para insultarse. La otra lengua, la de los Parizianer, tenían por delante tres meses largos para olvidarse de ella, para dejarla en un rincón, en la cartera del colegio con los libros y los cuadernos usados.»

LA CIVILIZACIÓN

«En ese momento no lo sé, pero estoy viviendo los últimos instantes de la civilización agrícola. Tiempo después veré la siega, en Bretaña, pero nunca más volveré a vivirla como en Roquebillière. Ya no veré esa fiesta, de pie delante del trigo que es más alto que yo, con el sol quemando, y el olor y el tacto de los tallos y las espigas, al lado de los hombres que siegan con hoz, en un valle olvidado.»

«La pesca ha cesado, las fábricas han cerrado, las casas gris cemento están pintadas de colores, en los bares de la place de L'Enfer se oye jazz [...], hay tiendas de recuerdos y pizzerías, y el puerto se ha convertido en un museo.»

EL COLONIALISMO

«En África fue donde nos civilizamos. En África, el continente que hoy se considera olvidado, es donde conocimos la libertad, el placer de los sentidos y la abundancia de la naturaleza. Desde luego, también fue donde descubrimos la injusticia fundamental de las colonias, los malos tratos que sufren los prisioneros y la arrogancia de los administradores colo-

niales y los comerciantes extranjeros que viven a cuerpo de rey.»

LAS MUJERES

«Vivir la guerra entre mujeres era inquietante a la par que muy dulce. Inquietante porque las mujeres (incluso las mujeres fuertes, como mi abuela) no tenían control sobre lo que sucedía en el exterior. Se hallaban sometidas a la guerra como podían estarlo, en aquella época, a la autoridad absoluta de los hombres.»

LA VIOLENCIA

«El hambre que pasé, el miedo y el vacío que sentí durante mis primeros años de vida no sirvieron para endurecerme. Pero me volvieron agresivo. Probablemente ese es el destino de todos los niños que nacen en plena guerra. [...] Cuando el encierro de la guerra terminó y pudimos abrir de nuevo las ventanas, recuerdo que me entraban rabietas incoercibles, durante las cuales lanzo por la ventana del sexto piso todo cuanto pillo, libros, objetos e incluso muebles. Recuerdo haber llorado, haber gritado hasta destrozarme la garganta. No eran rabietas caprichosas. Se trataba, simple y llanamente, de ira, una ira sin objeto y sin motivo.»

«En un país destrozado, como Francia en 1940, no hay ya solidaridades, no hay leyes, no hay dignidad. Es el reino de las venganzas y los apaños. Los antiguos rencores nublan la vista, quienes

aún podrían hacer algo, sublevarse, empuñar las armas, se equivocan de enemigo. Antes que ayudar a un inglés, se alinean con el vencedor, le echan una mano. Tal vez sea eso lo que explica la derrota.»

LA POBREZA

«El suelo era de tierra apisonada y en el techo había un entramado de vigas ennegrecidas por el humo entre las cuales se veía el anverso de los haces de bálago del tejado. A nosotros, que habíamos pasado parte de la infancia en África, en Nigeria, aquello no nos parecía rudimentario, pero aquí, en Bretaña, adquiría un encanto casi mágico de tiempos pasados, como sacado de un cuento de Perrault con ilustraciones de Doré. “Pobreza” no sería la palabra correcta; era la sensación de un lugar fuera del tiempo, al margen del mundo moderno. Sí, como entrar en un dibujo.»

EL PASADO

«El ruido, la actividad y el olor acre del polvo de trigo permanecen en mi memoria. Éramos unos críos de ciudad del sur, colegiales de vacaciones, pero no podíamos hurtarnos a esa fiebre, el triunfo del mundo rural, experimentábamos algo que, creo yo, no podíamos aprender en ninguna clase de historia o de geografía, algo que nos vinculaba con nuestro pasado lejano (pues antes de irse a la isla Mauricio, nuestra familia era parte integrante del mundo rural);

es más: nos vinculaba con el pasado de la humanidad.»

«¿Qué ha sido de los peatones? Cuando cruzábamos Pont-l'Abbé en bici, había gente andando por todas partes. En los pueblos, calles y plazas estaban abarrotadas de transeúntes. [...] A nadie se le habría ocurrido atar una bicicleta como si fuera un caballo o una vaca. No se ataban las bicis del mismo modo que no se ataban las barcas, las que se sacan a la orilla cuando sube la marea. ¿Quién iba a robar una bici o una barca, y para ir adónde? Me parece que tampoco se cerraban las puertas, no recuerdo haber llevado nunca una llave en el bolsillo.»

LA NOSTALGIA

«Sainte-Marine es el olor del agua (en coreano, esa palabra, hyangsu, es la que define la nostalgia). En la cala, cuando arrancaba el transbordador, a lo largo de los muelles, un olor a la vez picante, ácido, a podrido, a amargor vegetal, a böette y a lubricante, y el agua, oscura cuando la marea estaba alta, y transparente y casi amarilla cuando el reflujo dejaba asomar los bancos de arena. No me acuerdo de las palabras que los críos decían en bretón, referidas a la pesca, solo de algunas: a-paolev para ir a cinglar, krog eo para lanzar el sedal, higgenn para el anzuelo, bouhed, la comida, para el cebo, a-treant cuando hay que clavarle al pez la punta de la navaja en el cerebro. Pero las palabras, en francés o en bretón, no expresan la sensación de ir a la deriva por la corriente del

río, el balanceo de los remolinos, la reverberación del sol ni los sonidos del agua. El agua del río, dentro de la chalana, que había que achicar con una lata, incluso en el aire en forma de llovizna fina como el polvo que nos empapaba la ropa, toda esa agua nos llevaba soñadoramente, ster ar sorenn, río del sueño, para recorrer el tiempo.»

EL FUTURO

«La Bretaña de mi edad madura, y ahora de mi vejez, ha cambiado de cara, se ha vuelto limpia y coqueta, las granjas, por obra de las mujeres, las adornan arriates, los pueblos organizan concursos para volver más amenos las rotondas y el krezker, el centro urbano. La aparición de la agricultura ecológica ha hecho revivir antiguas explotaciones rurales abandonadas. Hombres y mujeres jóvenes, seguramente desilusionados por la precariedad de los extrarradios de las ciudades, han decidido cambiar de vida y enderezan las viejas piedras, utilizan compost y rechazan las semillas industriales. Lo hacen sin jactancia y sin esa faceta militante y sectaria de los ecologistas de salón. Tienen las manos rudas y el rostro curtido por el sol y el viento, son los nuevos aventureros. Sus hijos se parecen a los niños que vimos antaño, esos primos lejanos a orillas del Blavet, vestidos con pieles de borrego y el pelo largo. Algunos vuelven a hablar en bretón (a veces con un acento curioso, pero, al fin y al cabo, las lenguas vivas se caracterizan por evolucionar). Bretaña seguirá viva en parte gracias a ellos.»

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

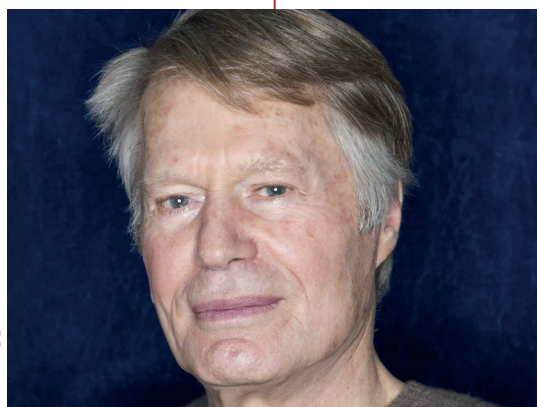
1. Cuando Le Clézio regresa al pueblo de su infancia, Sainte-Marine, siente que el mundo ha cambiado, pero él se pregunta cómo es posible que ahí le afecte más y lo realza diciendo: «¿Qué imagen he atesorado en el corazón, como un valioso secreto, cuya caricatura me desazona más que cualquier otra, me deja la sensación de un tesoro robado?». ¿Cuál creéis que es ese «tesoro robado»?
2. Para el autor, tras las revoluciones de la segunda mitad del siglo XX, ha surgido un «nuevo mundo» que despierta de algún modo su reprobación. ¿A qué pensáis que se debe? ¿Es acaso una reivindicación de que cualquier tiempo pasado fue mejor? ¿Estáis de acuerdo?
3. Las descripciones de los lugares de su infancia acaban conformando un personaje más. ¿Pesa más en él la memoria de las personas que conoció o los paisajes que han permanecido intactos en su memoria?
4. *Canción de infancia*, que en el original es *Canción bretona*, hace un alegato en defensa de la identidad de la lengua. ¿Pensáis, como sostiene el autor, que su decadencia fue el síntoma de un cambio y no la causa? Y si no es así, ¿qué papel juega en vuestra opinión esa reflexión sobre la identidad lingüística?
5. «La identidad no es solo el lugar donde nacimos. Somos de la nacionalidad de lo que amamos, de nuestros amantes, de las personas y de las cosas que nos influyeron, y de nuestros vecinos.» ¿Cómo creéis que influye el territorio en nuestra identidad? ¿Cuál pensáis que es la verdadera patria?
6. Y el paisaje, ¿creéis que es un personaje más en esta geografía emocional?
7. La libertad de los niños durante aquellos veranos de su infancia se representa de muchas maneras. ¿Podrías citar algunos ejemplos?

8. La pobreza que él recuerda está teñida de un velo romántico y hace referencia a ella de una manera en la que parece casi añorarla. Para vosotros, ¿en qué momento la pobreza se describe de una manera cruda y real?
9. El libro bascula entre las alegorías y recuerdos del pasado y el presente. ¿Cómo creéis que se puede equilibrar ese mundo tradicional con el actual sin perder las tradiciones?
10. En su defensa del nacionalismo, el autor matiza sus palabras haciendo referencia a ese término como «una forma de libertad» que permitiría «inventar un porvenir ecológico y cultural propio». ¿Qué papel le otorga a la ecología en el libro?
11. Hablando de ecología, en el libro hay un capítulo que dedica al escarabajo de la patata. ¿Pensáis que ésta es una referencia simbólica? ¿Y a qué apela?
12. El autor también reflexiona sobre el independentismo, haciendo referencia a capítulos de la historia muy anteriores a los movimientos europeos del siglo XX. ¿Creéis que la revisión histórica siempre es necesaria?
13. Entre los personajes que describe el libro aparecen un par de ellos a los que recuerda como «héroes». ¿Quiénes son los dos a los que se refiere? ¿Y por qué pensáis que los ha escogido?
14. El autor reflexiona en esta obra sobre los valores de una época marcada por las novedades, el desasosiego y la inquietud, y también perfila el reflejo de un hombre contemporáneo y desamparado ante una realidad que le desborda. ¿Estáis de acuerdo? ¿Qué efecto creéis que pueden tener los avances tecnológicos actuales en el ser humano?
15. De la narración que hace el autor sobre su infancia, ¿qué capítulos o relatos os han tocado más especialmente? ¿Qué habéis aprendido con él que no supieras?
16. «La memoria es un tejido frágil que se rompe y se contamina con facilidad. No me fío de los libros de recuerdos.» Pero ¿por qué recurre a ello? ¿Cuál creéis que es el motivo, más allá de la escritura, que ha llevado al autor a echar la vista atrás?

17. Libros de memorias hay muchos, pero Le Clézio insiste en que su intención no es ésta, como tampoco, dice, trata de escribir «unos recuerdos de infancia». ¿En vuestra opinión, ¿cómo describiríais este volumen y en qué género creéis que encajaría mejor?
18. En el segundo relato del libro, el referido a la guerra, el autor confiesa que mezcla, forzosamente debido a su tierna edad, una memoria borrosa con fotografías, documentos y relatos de terceros. ¿De qué manera su memoria amplifica y magnifica estos recuerdos?
19. La guerra es un momento que «les devuelve al paleolítico», ¿recordáis por qué?
20. Le Clézio es tajante en su afirmación de que «la guerra es lo peor que puede pasarle a un niño», pero ¿qué más sugiere? ¿Qué sensaciones os ha provocado el relato de un niño que crece en ese entorno de violencia?
21. Cuando acaba el conflicto, para el autor la violencia sigue latente. ¿Recordáis de qué forma lo explica?
22. Le Clézio también hace referencia a lo habituados que estamos a consumir de manera cotidiana imágenes de destrucción, impactantes y violentas. ¿Pensáis que el libro es un alegato pacifista?
23. Al margen de la mirada al pasado, ¿cuál creéis que es la visión del autor sobre el futuro?
24. El hambre es otro de los ecos que más resuenan en su relato. ¿Recordáis cómo describe el autor esa sensación?
25. La guerra, según el autor, siempre arroja daños colaterales. Pero hay dos colectivos a los que se refiere como «elementos colaterales de la guerra» a los que se contabiliza «como podría hacerse con las pérdidas de ganado» y que «nunca serán héroes». ¿A quiénes se refiere?

26. Las mujeres aparecen en el libro en momentos diversos, desde aquellas niñas retratadas como una ensoñación al recuerdo cálido de las mujeres de su familia, pasando por todas aquellas que durante la guerra «no tenían control sobre lo que sucedía en el exterior. Se hallaban sometidas a la guerra como podían estarlo, en aquella época, a la autoridad absoluta de los hombres». ¿Qué opináis al respecto? ¿Creéis que ese «sometimiento» toca a su fin?
27. En su aproximación a la violencia sobre los niños que viven hoy las guerras y también deben emigrar, Le Clézio apela a la falta de humanidad con los migrantes. ¿Pensáis que en Europa falta empatía y sobre todo memoria al tratar este asunto?
28. Otro tema que aparece en estas páginas es el colonialismo, pero para Le Clézio, el lugar donde se «civilizaron» fue precisamente en África, donde vivió los años posteriores a la guerra. Pero tampoco es ajeno a la injusticia de aquella arrogante ocupación. ¿Qué papel creéis que tenemos en la actualidad respecto a esos países considerados «en vías de desarrollo»?
29. Después de leer *Canción de infancia*, ¿ha cambiado en algo vuestra percepción de la realidad o lo sucedido y los recuerdos? ¿Lo que no se recuerda no existe?
30. Al margen de este libro, en toda la obra de Le Clézio él suele incluir experiencias y recuerdos personales. ¿Pensáis que es posible separar al autor de su obra?

EL AUTOR



© Philippe Matsas

JEAN-MARIE GUSTAVE LE CLÉZIO nació en 1940 en Niza. Es uno de los novelistas más celebrados y leídos de Francia, ganador del Premio Nobel de Literatura en 2008. Originario de una familia de Bretaña emigrada a la isla Mauricio en el siglo XVII, Le Clézio cursó sus estudios en Niza y se doctoró en Letras por el Collège Littéraire Universitaire. Ya consagrado con su primera novela, *El atestado* (1963), galardonada con el Premio Renaudot, pero incómodo en la vida cultural parisina y ajeno a las modas literarias, Le Clézio llevó una existencia nómada entre el norte de África, Asia y América hasta recalar, en 1970, en México. Allí fijó su residencia hasta

1992, año en que se trasladó a Albuquerque, Nuevo México, donde trabaja como profesor de literatura francesa. Es autor de más de treinta novelas, entre las que destacan *El diluvio* (1966); *La guerra* (1970); *Mondo y otras historias* (1978); *Desierto* (1980), ganadora del Gran Premio Paul Morand de Literatura de la Academia Francesa; *El buscador de oro* (1985); *Viaje a Rodrigues* (1986); *Printemps et autres saisons* (1989); *Onitsha* (1991); *Étoile errante* (1992); *Pawana* (1992); *La cuarentena* (1995); *El pez dorado* (1997), *La música del hambre* (2008) y *Bitna bajo el cielo de Seúl* (Lumen, 2019) y *Canción de infancia* (Lumen, 2021).